

celebracion del santo Sacrificio. Vienen en seguida las puertas cuyos piés derechos y cuyos goznes se ven todavía. Las puertas mismas han desaparecido consumidas sin duda por el tiempo y la humedad. Boldetti ha encontrado una sola que era de hierro.

En cuanto al interior de la iglesia, ya hemos visto al hablar de los *cubicula* que no presenta una forma invariable. Ya es una rotonda, otras veces un triángulo, algunas veces un cuadrado, ordinariamente un paralelógramo terminado en cúpula. Esta variedad viene muchas veces de las dificultades del terreno; porque *por todas partes se ve que los cristianos trataban de hacer de la iglesia una prolongacion del monumentum arcuatum.*

Lo que no cambia es el lugar de los altares ó sepulcros de los mártires. En el fondo el altar principal; á derecha é izquierda algunos altares igualmente coronados con la bóveda circular y que pueden servir para la celebracion de los santos Misterios. En un gran número de iglesias las paredes laterales están llenas de muchos sepulcros ordinarios, dispuestos paralelamente en número de tres ó cuatro hileras segun la elevacion y la capacidad de la crypta. Hemos visto que ciertas iglesias tienen un presbiterio detrás del altar con sillas para el obispo y el clero; muy á menudo la cátedra pontificia está en el ángulo del altar, un poco avanzada hácia la nave.

Comunmente un escalon de algunas pulgadas de espesor aísla el altar levantándole un poco sobre el suelo. Delante del altar se encuentran todavía algunas veces las barreras, especie de balaustrado ó de rejilla de piedra destinada á proteger el altar contra el empeño de un celo imprudente ó indiscreto. Existe en el cementerio de San Calixto una de aquellas barreras en un esta-

do regular de conservacion; lleva tres veces en la parte superior el monograma del Cristo figurado en cruz de San Andrés; esta forma indica, como sabemos, los tiempos primitivos. Las otras Catacumbas, principalmente las de Santa Priscila y de Santa Elena, presentan los fragmentos de un gran número de aquellas galerías protectoras. De allí podemos concluir que su uso era general, al ménos en las cryptas cuya dimension podia permitirlo.

El altar mismo es de forma cuadrada, como los sarcófagos antiguos que conocemos. A menudo está adornado con bajos relieves distribuidos en compartimientos, cuyos asuntos están tomados del Antiguo y del Nuevo Testamento. En el altar está una tabla de piedra ó de mármol ordinariamente metida en parte en la toba y sirve para la oblacion de los santos Misterios. El sepulcro de San Hernés en la Catacumba de este nombre, en la Vía Salaria, es un modelo muy bien conservado. Que la tabla del sepulcro haya servido para la celebracion del augusto sacrificio es un hecho incontestable.

Desde luego, sabremos que el uso y la disciplina de la Iglesia primitiva hacian una ley sagrada no ofrecer la gran Víctima sino en el sepulcro de los mártires. En seguida los testimonios de la historia son de tal modo numerosos que está uno sin saber cuál escoger; citaré solamente algunos. Prudencio habla así de la piedra colocada en el sepulcro de San Hipólito en la Catacumba de la Vía Tiburtina:

Illa sacramenti donatrix mensa eademque  
Custos fida sui martyris apposita  
Servat ad aeterni spem vindicis ossa sepulcro,  
Pascit item sanctis Tibricolas dapibus.

“Esta tabla dadora del Sacramento y al mismo tiempo guardiana fiel del mártir que la está confiado, conserva sus huesos en el sepulcro en espera de la venida del

Juez eterno y alimenta á los Romanos con un alimento sagrado.” 1

Seguida en Roma la costumbre de que hablamos, se encuentra fielmente observada en las otras partes de la Iglesia católica. El mismo poeta, cantando á Santa Eulalia la gloria de las Españas, se expresa así:

Sic venerarier ossa libet,  
Ossibus altar et impositum.  
Illa Dei sita sub pedibus  
Prospicit haec, populosque suos  
Carmine propitiata fovel.

“Aquí es dado venerar sus huesos; un altar está levantado sobre ellos; ella misma los ve colocados bajo los piés de Dios, y movida con los himnos cantados en su honor, se muestra favorable á los pueblos que la invocan.” 2

La Iglesia de Africa se muestra la digna émula de su hermana y de su madre. Su gran doctor, San Agustin, le rinde este testimonio: “Vosotros todos, dice él á los fieles, los que conocéis á Cartago, sabéis que en el lugar mismo en que corrió por el nombre de Cristo la sangre de Cipriano, allí se consagró á Dios una *tabla*. Esta tabla es llamada tambien mesa de Cipriano, no porque Cipriano se haya sentado á comer en ella, sino porque en ella fué inmolado y por su inmolation ha preparado esta mesa no para comer en ella él mismo ó dar de comer en ella, sino para ofrecer el sacrificio al Dios á quien él mismo fué inmolado.” 3

En fin, el Oriente mismo ó más bien el

1 Prud., *Peristeph. de S. Hippolyt.*

2 Id., *Hym.* III.

3 Sicut nostis quicumque Carthaginiem, nostis in eodem loco ubi propter nomen Christi sanguis fusus est Cipriani mensa Deo constructa est. Tamen mensa dicitur Cypriani, non quia ibi est unquam Cyprianus epulatus, sed quia ibi est immolatus et quia ipsa immolatione sua paravit hanc mensam, non in qua pascatur sive pascatur, sed in qua sacrificium Deo, cui et ipse oblatus est, offeratur. *Serm. c. XXII, de Diversis.*

Espíritu Santo por la boca del sublime desterrado de Pathmos ha revelado y consagrado la costumbre de ofrecer el augusto sacrificio en el sepulcro de los mártires. “He visto, dice San Juan, bajo el altar de la Jerusalem celeste las almas de aquellos que han sido condenados á muerte por el Verbo de Dios.” 1 Así, la Iglesia de la tierra ha tomado esta costumbre invariable de la Iglesia del cielo. Sepulcro, memoria, lugar del martirio, confesion de los mártires, mesa, tales eran hace diez y ocho siglos los nombres de los altares, tales son todavía en Italia y sobre todo en Roma. 2

En cuanto á la razon misteriosa del uso venerable de que hablamos, se la encuentra muchas veces explicada en los Padres de la Iglesia. “Con razon, dice San Gregorio Magno, las almas de los justos están colocadas bajo el altar, puesto que el cuerpo mismo del Señor es ofrecido en el altar. No en vano los justos piden venganza de su sangre, de un lugar en que la sangre de Jesucristo se derrama por los pecadores. Era, pues, conveniente colocar el sepulcro de los Mártires en el lugar mismo en que se celebra cada dia la muerte del Señor; lo era reunir á los mártires á su jefe, á fin de que la piedad honrase en el lugar mismo á aquellos á quienes la muerte sufrida por la misma causa habia asociado en los mismos triunfos. 3

1 *Apocalyp.*, c. IV.

2 *Sepulcrum, memoriae, martyrium, confesio, mensa.*

3 Recto sub altari animae justorum requiescunt, quia super altare corpus Domini offertur. Nec immerito illic iusti vindictam sanguinis postulant ubi etiam pro peccatoribus Christi sanguis effunditur. Convenienter igitur et quasi pro quodam consortio ibi martyribus sepultura decreta est ubi mors Domini quotidie celebratur. Non immerito, inquam, consortio quodam illic occisis tumulus constituitur ubi occisionis Dominicae membra ponuntur, ut quos cum Christo unius passionis causa devinxerat unius et loci religio copularet.—Apud Boldetti, lib. I, c. VIII, pag. 30.

Gracias á esta semejanza de la víctima del cielo y de las víctimas de la tierra, la Iglesia reunió en un espacio de algunos piés todo lo que hay de más poderoso en el corazón de Dios, porque la venganza que piden los mártires desde el fondo de las tumbas es la misma que solicita la augusta Víctima desde lo alto de su cruz: la salvación de sus verdugos. Así, todas las veces que en la persona de su ministro sube la Iglesia católica al altar, ¿sabéis á qué se parece? A una viuda que á consecuencia de una gran guerra, se iba á ver al príncipe, y presentándole con una mano los huesos de sus hijos y con la otra la sangre de su esposo, gloriosamente caídos en el campo del honor en defensa de la patria, diría al monarca: «Hé ahí mis títulos á vuestros favores.» ¿Hay un rey en el universo que no se apresurase á escuchar á la pobre viuda? Dios sería, pues, ménos que un hombre si se negase á la Iglesia, cuando para conseguir sus gracias, ella le presenta en nuestros santos Misterios la sangre de su Esposo y los huesos de sus hijos.

Acordémonos de que las paredes laterales tienen también *arcosolia* y sepulcros ordinarios; luego examinemos atentamente las otras partes del edificio. La tradición nos enseña que en las reuniones sagradas los hombres estaban separados de las mujeres. Esta costumbre fielmente conservada después de Constantino y en nuestros días mantenida todavía en un gran número de parroquias, era más rigurosamente exigida en la época de las persecuciones. Las constituciones apostólicas son formales en este punto. 1 A falta de otras pruebas, una sencilla observación bastaría para fundar que estuvo realmente establecida desde el origen del cristianismo. Conocemos la prudencia y la solicitud de la

1 Const., lib. II, c. LVII.

Iglesia; si, pues, ella ha creído deber exigir la separación de los sexos en sus vastas basílicas, cuando se celebraban sus misterios y se reunían sus sínaxas brillando la luz del sol, ¿puede dudarse de que la haya exigido con más imperio y mantenido con más cuidado en las iglesias subterráneas de las Catacumbas? Si así es, se deben encontrar en nuestras cryptas señales de aquella sabia disciplina.

En efecto, se observan no solamente entradas y escaleras separadas para los hombres y para las mujeres; la inspección de los lugares, unida á la inscripción vaticana que hemos referido, pone este primer hecho fuera de discusión. Ahora, ¿por qué hay entradas separadas que conducen á la misma iglesia, si no porque los hombres y las mujeres debían estar igualmente separados durante la celebración de las sínaxas y de los santos Misterios?

Es interesante encontrar en las cryptas la prueba material de este punto de disciplina. Las Catacumbas en general y las de Santa Elena, de San Calixto, de Santa Inés, de Pretextado, ofrecen un gran número de iglesias con uno, dos y algunas veces tres *cubicula* en frente unos de otros, cuya parte superior se termina por una ventana oblonga. Esta ventana va á dar á una luminaria común por la cual todos los *cubicula* reciben luz. Allí se colocaban los hombres y las mujeres, según la distinción establecida por la Iglesia, para asistir al Santo Sacrificio, oír las instrucciones y cantar las alabanzas de los mártires en los días de sus aniversarios. 1 El mismo hecho ha sido reconocido generalmente por el P. Marchi, y el sabio arqueólogo demuestra que aquellas *stanze* son inexplicables y contrarias á todas las reglas de la arquitectura así como al destino reli-

1 Boldetti, lib. I, c. IV, p. 13.

gioso de las cryptas, á ménos que se les asigne el uso de que hablamos. 1

No es esto todo. Se sabe que en la primitiva Iglesia, los catecúmenos tenían lugares separados para recibir la instrucción preparatoria al bautismo. Ahora, al lado de muchas iglesias subterráneas se encuentran salas con dos cátedras en el extremo. Algunas sillas ocupan las paredes longitudinales; pero allí no se encuentran *arcosolia*. ¿Es difícil reconocer en aquellas cámaras las escuelas de los catecúmenos? Las cátedras de los sacerdotes encargados de la instrucción y en número de dos ó tres, según la sabia disciplina de la Iglesia; los lugares de los auditores; la falta del altar; todas estas circunstancias, ¿no indican los lugares en que los futuros cristianos estaban preparados para el sacramento de la regeneración sin tener el derecho de asistir al sacrificio de la augusta Víctima? 2

Hemos estudiado con amor la forma de los primeros templos cristianos. Esta nueva página del gran libro de las Catacumbas arroja una gran luz tanto sobre la admirable fidelidad de la Iglesia romana á las venerables costumbres de los tiem-

1 . . . Non dee impedirmi di portare la mia dimostrazione colla varietà dei monumenti a quel sommo grado di evidenza di cui é capevole; massime dopo che non in uno, ma in tutti i principali nostri cimiterj ho veduto la pratica di attenersi a piccole forme e ad unità di stanza dove trattasi dei cubicoli o sepoleri delle private famiglie, a forma ed elevazione piú ampia e a radopiamento di stanze dove trattasi di cripte o chiese. — « . . . No debe impedírseme dar mi demostración con la variedad de los monumentos hasta el grado de evidencia de que es capaz; principalmente cuando no en uno solo, sino en todos los cementerios principales, he visto la práctica de atenerse á reducidas formas y á la unidad de la estancia en donde se trata de los *cubiculi*, ó sepulcros de las familias privadas; de forma y de elevación más amplias y de la extensión de las estancias donde se trata de cryptas y de iglesias. — P. 161; id., p. 163-5-6-8; 176-7.

2 Id., p. 187.

pos primitivos, como sobre la forma arquitectónica de nuestras iglesias. Cuando la paz fué dada á la Esposa del Hombre Dios no tuvo necesidad para levantar sus soberbias iglesias de recurrir á modelos profanos; se contentó con trasportar al suelo los monumentos de su cuna; las cryptas de las Catacumbas llegaron á ser el tipo obligado de las basílicas. Es un hecho que salta á los ojos del observador que estas últimas reproducen en su forma y en sus partes esenciales los modestos oratorios de las Catacumbas.

En las cryptas tenéis un altar principal colocado hácia la extremidad; igual cosa tiene lugar en las basílicas. En las cryptas este altar es el sepulcro de un mártir; está ligeramente levantado sobre el suelo, protegido por una reja y cubierto con una mesa de piedra ó de mármol, sobre la cual se ofrece el divino Sacrificio. Todos estos caracteres se encuentran en el altar mayor de nuestras iglesias, rigurosamente provistos de un cuerpo de mártir, ó de un *loculus*, llamado sepulcro, en el cual se depositan algunas reliquias. Muchas veces también, para conservar las señales del origen primitivo, el altar está colocado en la iglesia inmediatamente encima del sepulcro de los mártires que se encuentra en una crypta subterránea. Esto se ve á menudo en Italia, en Roma sobre todo. Como ejemplo me contentaré con citar la iglesia de Santa Prisca en el monte Aventino y San Pedro en el Vaticano.

Se cuidaba de tal modo de conservar en las iglesias el carácter de los *cubicula*, que en donde no había crypta primitiva se abría una bajo el altar á fin de depositar en ella cuerpos de mártires. La iglesia de Santa Cecilia ofrece de esto un notable monumento. El altar de las Catacumbas forma *arcosolium*, es decir, un monumento coronado con una bóveda. La bóveda de nuestras iglesias, ó el arco absidal bajo el

cual están colocados nuestros altares, no es más que la reproducción de la bóveda primitiva. En Roma, en donde las tradiciones se conservan con más fidelidad, la mayor parte de los altares de las antiguas basílicas están rodeadas de un dosel. Este género de adorno, llamado también *cúpula*, *cimborrio* y tabernáculo, recuerda más particularmente todavía por su forma la de la bóveda antigua.

La silla de piedra colocada delante del altar y vuelta hacia el pueblo, desde donde el Pontífice instruí a los fieles, se ha perpetuado desde luego en el ambon, luego en el *paleo* moderno y en nuestros púlpitos. Alrededor de la *crypta* radian *arcosolios* semejantes al altar principal por la forma y por el destino, sepulcros de mártires y mesas del sacrificio; he ahí nuestras capillas laterales. Este origen parece de tal modo incontestable que los arquitectos de las basílicas cristianas no han temido sacrificar las reglas del arte á la conservación de este recuerdo venerable de las Catacumbas.

“Es inconveniente para la arquitectura, dice M. Raoul Rochette, la multiplicación de las pequeñas capillas laterales en el seno de las iglesias cristianas, en razón de las *confesiones* particulares ó *memorias de los mártires*, cuyo culto se asoció al del santo principal ó patrono. Esta costumbre nacida con la Iglesia misma en el seno de las Catacumbas, tuvo en la disposición general de las basílicas cristianas una influencia más decisiva que ninguna de las circunstancias tomadas del géneo mismo del culto. . . . Resulta en los planos como en las elevaciones, una interrupción frecuente de aquellas líneas rectas que no son solamente el principal mérito de las obras de la arquitectura, sino también el principal elemento de las impresiones de grandeza que producen. 1

1 Cuadro de las Catacumbas, p. 91.

Cualquiera que sea la exactitud de esta observación, es necesario elogiar á los arquitectos cristianos por la imperfección de que parece hacerseles un reproche. Derogando, por decirlo así, las reglas materiales del arte, á fin de reproducir íntegramente en nuestras iglesias la *crypta* de las Catacumbas, de las cuales no son más que el desarrollo, han dado en esto una prueba de buen sentido y de tacto. De la misma manera que el cuerpo se ha hecho para el alma y no el alma para el cuerpo; la forma para el pensamiento y no el pensamiento para la forma; la música para las palabras y no las palabras para la música, ellos comprendieron que el templo se hacia para el cristianismo con sus recuerdos, sus glorias y sus enseñanzas, y no el cristianismo para el templo. Dirigidos por esta regla, superior á las otras reglas, han realizado á la faz del sol, agregando todos los recursos que las artes y la riqueza pueden proporcionar, los venerables santuarios en donde durante tres siglos la Iglesia ocultó sus misterios y preparó á sus hijos á las luchas heroicas del martirio.

De lo que precede resulta, contra la opinión de algunos arqueólogos franceses, que las *cryptas* de las Catacumbas y no las basílicas paganas sirvieron de tipo á nuestras iglesias. 1 Por una parte, hemos visto que las *cryptas* subterráneas toman muchas formas diferentes; son sucesiva-

1 E certo che queste capelle, servendo ai miseri e perseguitati cristiani per tenerli le loro adunanze e celebrarvi i divini misterj, furono un rozziissimo abbozzo delle chiese e delle basiliche edificate dipoi con tanta magnificenza sopra terra, quando la religione cristiana cominció á godere d'una tranquilla pace. — Es cierto que estas capillitas, que sirvieron á los pobres y perseguidos cristianos para tener sus reuniones y celebrar los divinos misterios, fueron un toscos bosquejo de las iglesias y de las basílicas edificadas despues con tanta magnificencia sobre la tierra, cuando la religion cristiana comenzó á gozar de una tranquilla paz. — Bottari, t. III, p. 75.

mente oblongas, cuadradas, circulares, hexagonales, etc. Puede, pues, sostenerse que se abrieron segun el modelo de las basílicas paganas, que presentan invariablemente una especie de nave terminada por una cúpula. Es, pues, necesario decir lo mismo de nuestras iglesias que toman sucesivamente aquellas diferentes formas. Por otra parte, las basílicas paganas no tienen ni *crypta* subterránea ni excavaciones laterales; dos cosas inevitables en nuestras antiguas iglesias. No puede fundarse el origen pagano que se les atribuye en la semejanza que pueden tener con las basílicas profanas. ¿Será acaso en el nombre comun á nuestras iglesias y á ciertos edificios paganos? Si así fuese, se encontraría en los primeros siglos el nombre de basílica aplicado á las iglesias ó capillas de las Catacumbas. Ahora, no se conoce una sola aplicación de este género en los monumentos anteriores á Constantino. Se le encuentra apenas empleado una ó dos veces para designar no las *cryptas* subterráneas, verdaderos tipos de nuestras iglesias, sino templos cristianos edificados en este suelo. 1

1 Parecería que durante la era de las persecuciones, los cristianos temían emplear este nombre para designar las iglesias: “Usitatiore vocabulo dictas fuisse ab antiquis ecclesiis ipsas domos Dei et templa sanctus Zenon in Psal. . . . CXXVI, significare videtur his verbis: Conventus quidem ecclesiarum, sine templis, quos ad secretis sacramentorum religionem aedificiorum septa claudunt, consuetudo nostra vel domus Dei solita est nuncupare vel templa.” — El Santo Zenon en el Salmo CXXVI parece significar que esas mismas iglesias, casas de Dios ó templos, fueron llamadas con una palabra más usada por los antiguos, en estos términos: Ciertamente la reunión de las iglesias sin los templos que limitan los cercados, es costumbre nuestra que se les llame templos ó casas de Dios. — Bar., *Ann. ad Martyr.*, 5 de Agosto. — Usaban también otros nombres, pero nunca el de basílicas: “Ecclesia domnicum, domus columbae, oratorium, concilium, conciliabulum, synodus, martyrium, memoria, mensa martyris. “Iglesia, casa del Señor, casa de la paloma, oratorio, concilio, con-

Partiendo de este principio, se hace más comun; pero en lugar de indicar que las basílicas cristianas estaban formadas segun el modelo de las basílicas paganas, demostraba solamente que estas últimas habían sido transformadas en templos cristianos. “Dice Selvaggio, que habiendo abrazado Constantino el Evangelio, dió á los obispos para las santas asambleas un gran número de basílicas paganas. De aquí viene ciertamente el nombre de basílicas, dado generalmente á los templos cristianos.” 1

La Iglesia adoptó este nombre, ya porque perpetuaba el recuerdo de su triunfo sobre el paganismo, ya porque recuerda al gran Rey al cual estaban consagrados aquellos edificios reales en otro tiempo, ya en fin porque indicaba una parte notable del templo de Salomon y que era bueno demostrar que si el Evangelio era el vencedor del paganismo, era también el vencedor y el heredero del judaismo. 2

ciliábulo, sínodo, martirio, memoria, mesa del mártir.”

1 Harum multas Constantinus imperator, christianam religionem amplexus, episcopis ad sacros inibi conventus agendos concessit; atque hinc fortassis nomen basilicae generaliter ecclesiis datum est: atqui omnino ita se res habet; praesertim cum ante Constantini tempora vix in ullo christiano auctore illud inveniatur. *Antiquit. christ. Instit.*, lib. II, c. I, n. 6.

2 Basilicae prius vocabantur regum habitacula, unde ed nomen habent. Nunc tamen ideo basilicae divina templa nominantur, quia ibi regni omnium Deo cultus et sacrificia offeruntur. — “Non abhorret tamen a phasidivinae Scripturae; nam atrium illud majus templi Salomonis basilica dicitur. — “Las basílicas se llamaban primero habitaciones de los reyes, de donde tomaron su nombre. Ahora se llaman también templos divinos, porque en ellos se ofrecen el culto y los sacrificios á Dios, Rey de los reyes.” — *Isidor.*, *Origin.*, lib. XV. — “No repugna con la frase divina de la Escritura, pues aquel atrio se llama basílica mayor del templo de Salomon.” — *II Paralip.*, c. IV y VI; Bar., *Ann. ad Martyr.*, 5 de Agosto.

## 14 DE ENERO.

Catacumbas de los Santos Eusebio y Marcelo. —Historia.—Pinturas de las Catacumbas.—Utilidad.—Autenticidad.—Concilio de Elvira explicado.—Uso de la escultura y de la pintura sagradas, tan antiguas como el cristianismo.—Pinturas de las Catacumbas contemporáneas de los Apóstoles y de las persecuciones.—Adios á la Vía Apia.

Después de haber venerado en San Juan de Letran las cabezas de San Pedro y de San Pablo que se descubren en ocasión de la fiesta de San Hilario, volvimos á tomar otra vez el camino de la Vía Apia. Un noble cuartel de la gran Catacumba de Pretextado nos quedaba por visitar; he nombrado el cementerio de los Santos Eusebio y Marcelo. Diez minutos más allá de las murallas de Roma, el viajero, que ha salido por la puerta Capena encuentra en las viñas la entrada á aquella Catacumba, cuyo origen se remonta á los tiempos apostólicos. Bajo Valeriano era ya célebre. Vemos que los cristianos se trasladaban á ella en masa para asistir á las asambleas santas y alimentarse con la divina Eucaristía. Nadie la frecuentaba más asiduamente que un santo sacerdote llamado Eusebio, un diácono llamado Marcelo y un ciudadano romano llamado Hipólito. El valiente celo de estos personajes merecía ser recompensado por favores señalados así durante su vida, como después de su muerte.

La Providencia les procuró alegrías inefables. ¡Misterios de amor y de fe, misterios regeneradores de Roma y del mundo, tuvieron lugar en aquellos venerables subterráneos! ¡qué felicidad para el cristiano de los últimos siglos la de conocer á todos vosotros, recibiendo vuestra influencia, y refrescar y fortificar su alma

en las fuentes mismas del heroísmo primitivo! Tribuamos acciones de gracias á la historia que nos revela á algunos de ellos á lo ménos. Dejémosla hablar en su sencillez sublime: "El año 259, bajo el consulado de Valeriano y de Acilio, Hipólito, ciudadano romano, discípulo de Jesucristo, llevaba una vida solitaria en las Catacumbas. Su gran ciencia atraía tras él una multitud de paganos que pedían el bautismo. Hipólito les llevaba á los pies del Papa Estéban, á fin de que les bautizara.

"Como esto se repetía á menudo, llegó la noticia de esto á oídos de Memmio, prefecto de la ciudad, que hizo relación de lo que pasaba á Valeriano. Hipólito informado de esto, fué á referírselo al Papa Estéban. El bienaventurado Pontífice, previendo que iba á estallar la persecución, convocó una gran asamblea de los cristianos, exhortó á todo el mundo á la paciencia, al valor, al celo de Dios. "Os ruego á todos, añadió, que esteis llenos de solicitud no solo por nosotros y los nuestros, sino que si alguno de entre vosotros tiene un amigo, ó un pariente pagano, no tarde en traerle á fin de que yo le bautice." A estas palabras, Hipólito se prosterna á los pies del bienaventurado obispo Estéban y le dice: "Padre mio, tengo un sobrino y una sobrina todavía paganos, á quienes sostengo yo mismo. El hombre tiene diez años; la niña trece. Paulina, madre de ellos, y Adrias su padre, son también paganos; no obstante, me han mandado á aquellos niños hace algunos días."

Entonces el bienaventurado le dice: "Cuando os los manden de nuevo retenedlos y traédmelos, á fin de que vengan los padres y tengamos ocasión de exhortarlos á todos juntos." Dos días después, los niños fueron á ver á Hipólito, al cual llevaban algunos alimentos. Los detuvo y avisó á Estéban, quien fué al punto á verlos;

abrazó á aquellos niños y les llenó de caricias. No viéndoles llegar á casa, sus padres acudieron llenos de inquietud. Estéban les habló de los terrores del juicio final y de la felicidad de los santos, exhortándoles á que dejasen los ídolos. Hipólito les hizo las mismas exhortaciones. "Yo no me siento con valor para despojarme de todos mis bienes y entregar mi cabeza al verdugo," respondió Adrias. Paulina por su parte, enemiga jurada de la religión, disuadía á su marido y se deshacía en reproches contra Hipólito su hermano que daba semejantes consejos. Después de esto se retiraron.

Entonces el bienaventurado Estéban mandó llamar al sacerdote Eusebio y al diácono Marcelo y les envió á rogar á Adrias y á Paulina que viniesen á las Catacumbas en donde se encontraba Hipólito. Eusebio les saluda diciendo: "Jesucristo os espera para haceros entrar con él en el reino de los cielos." Paulina se resiste de nuevo y resuelve que dará su respuesta al día siguiente. Durante la noche unos padres cristianos llevaron á Eusebio á las Catacumbas á un hijo de ellos atacado de parálisis para que le bautizara. Eusebio se puso en oración, bautizó al niño, el cual recobró la salud y se puso á alabar á Dios. <sup>1</sup> Eusebio ofreció el sacrificio y todos participaron del cuerpo y de la sangre del Señor. Habiéndolo sabido el obispo Estéban fué á verles y todos hicieron comunes sus alegrías.

"Al día siguiente Adrias y Paulina volvieron á la Catacumba. Al saber el milagro de la noche, quedaron sorprendidos de asombro; entró en sus corazones la compunción y prosternándose pidieron el bau-

<sup>1</sup> El joven niño, arrestado algunos días después, se le intimó que abjurase su fe y él opuso á las amenazas y á los tormentos una firmeza invencible, y llegó á ser el ilustre mártir que dió su nombre á la célebre Catacumba de la Vía Porto. Este es San Ponciano.

tismo. Al ver este espectáculo, Hipólito dió gracias á Dios y dijo al bienaventurado Estéban: "Padre, apresuraos á bautizarles." Después de las pruebas, las interrogaciones y el ayuno, bautizó á todos y dió al niño el nombre de Neon y á la niña el de María. Todos aquellos recién bautizados comenzaron á habitar en la Catacumba con Hipólito, el sacerdote Eusebio y el diácono Marcelo. En cuanto á los bienes que ellos poseían en la ciudad, los dieron á los pobres.

El hecho no tardó en ser conocido de Valeriano que mandó al punto á buscarles, prometiendo la mitad de los bienes de ellos al que les descubriese. Una cohorte compuesta de sesenta soldados se puso á perseguirles. Arrestó á Eusebio, á Adrias, á Hipólito, á Paulina y á sus dos hijos, á quienes cargaron de cadenas y les llevaron al *Forum* de Trajano. Todos fueron interrogados y condenados á muerte; todos permanecieron invencibles. María y su hermano fueron en seguida degollados en la *Petra scelerata* en presencia de su padre, y sus cuerpos fueron dejados en el lugar del martirio. Durante la noche, algunos cristianos fueron á tomarlos y los depositaron en la Catacumba que les servía de cuna; esto era el 8 de las calendas de Noviembre. Con algunos días de intervalo, el padre y la madre, así como los otros mártires, consumaron su sacrificio y fueron sepultados por un diácono llamado Hipólito, en la misma Catacumba situada á una milla de la Vía Apia, á la cual dieron su nombre. <sup>1</sup>

He referido con algunos detalles las actas de sus martirios, porque por una parte son poco conocidos; y por otra, porque forman una de las páginas más instructivas y más gloriosas de la historia de aquella Catacumba. El mismo cementerio re-

<sup>1</sup> Bar., An. t. II, an. 259, núm. 8, 19.